

SANTA TERESA DE JESÚS.



o nos proponemos analizar las obras de la escritora insigne: tarea es ésta que emprendieron con fruto renombrados autores antiguos y modernos, y para llevarla á cabo, si nos sobra el deseo, nos falta en cambio la suficiencia y el tiempo. Para contribuir al homenaje que rinde *El Album de la Mujer* á la famosa doctora de Ávila, nos circunscribimos á evidenciar someramente el influjo que ejerciera Santa Teresa en la literatura y moral de su siglo, sirviendo por lo tanto de poderoso empuje á la civilización.

Antes de que apareciera el *poema del Cid* en el siglo XII, bien puede decirse que no existía la lengua española; en el siglo XII Alfonso el Sabio, con su código de las *Siete Partidas*, formó definitivamente el idioma patrio que enriquecieron con los peregrinos dones de su ingenio en el siglo XIV, el arcipreste de Hita y el infante D. Juan Manuel. Después D. Juan II, D. Enrique de Villena, Jorge Manrique, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Hernando del Pulgar, Juan de la Encina y Herrera, depurando nuestra literatura en el siglo XV, prepararon el advenimiento del siglo XVI y con él la espléndida manifestación de la lengua castellana.

Indudablemente España es un país vigoroso por esencia; no importaron las luchas sostenidas, las batallas empeñadas, la aturldora gloria de las armas que ciega á tantos pueblos para que en el nuestro las inteligencias privilegiadas dejen de dedicarse al perfeccionamiento del sonoro idioma, que debía inmortalizar Cervantes. El guerrero en sus horas de reposo, el monje en la triste soledad de su celda, el rey en medio de fatigosos cuidados, todos á porfía estudiaban y enriquecían la hermosa lengua española.

¿Podía la mujer con justicia, en una época tan decisiva como aquella, permanecer indiferente al lento progreso de nuestra habla, al glorioso desarrollo de nuestra literatura? No, todos sabemos hasta la saciedad lo limitada que era en aquella época la instrucción de la mujer y aun la del hombre. El saber se hallaba supeditado á unos pocos, y el principal escollo de las imaginaciones fogosas le constituían los libros de caballerías, llenos de relatos inverosímiles y de proezas tan locas como imposibles.

Santa Teresa apareció en el mundo en una época la más á propósito para desplegar las extraordinarias facultades de que plugo á Dios dotarla. De imaginación entusiasta y soñadora, en sus mocedades pagó el debido tributo á las corrientes de su tiempo, empleando los primeros frutos de su inteligencia en escribir un libro de caballerías que no ha llegado á la posteridad; pero su rápida penetración, el delicado buen gusto en ella innato, su fervor religioso, avivado por celestiales impulsos, la apartaron bien pronto de la vulgar senda de las quimeras de su tiempo, para trazarse camino recto y firme en medio de las turbulencias que la rodeaban.

En aquel tiempo, tal vez por los múltiples resortes que daban vida á la sociedad española, á consecuencia de nuestro creciente poderío, algunos principalísimos elementos de la nación, como las órdenes monásticas, hallábanse profundamente viciados. Dotada Santa Teresa de un espíritu activo y emprendedor, al entregarse por completo á la religión cristiana, única que podía satisfacer las puras aspiraciones de su alma, concibió el atrevido proyecto de reformar la Orden descalza del Carmen, á que pertenecía, y la llevó á cabo con increíble perseverancia.

Era empresa difícil para una débil mujer, pero sostenía á la insigne religiosa el favor especial del cielo y la convicción de que realizaba un gran bien al Cristianismo, morigerando algunas de las corporaciones que crecían á su sombra.

Si consideramos á Santa Teresa como reformista de su Orden, vemos en ella un espíritu tan recto, un criterio tan claro, una actividad tan manifiesta y puesta á prueba, que bien puede su nombre, aun despojado de la divina aureola, unirse dignamente al de cuantos con sus reformas han mejorado las instituciones religiosas del mundo. Bajo este punto de vista, la ilustre religiosa ejerció influencia decisiva en la sociedad de su tiempo, marcando seguro derrotero á las órdenes monásticas, sensiblemente desviadas de su divino objetivo.

Digamos ahora algo de su personalidad literaria, tan hermosa y simpática, que salva los escollos de los siglos, rodeada por místicos y sublimes resplandores. Al lado de los grandes místicos españoles Fray Luis de Granada y Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús brilla con luces propias, resplandeciendo en todas sus obras una delicadeza y ternura tal, que desde entonces acá no ha tenido felices imitadores. Su buen gusto literario, su elevado modo de pensar, expuesto con encantadora sencillez, determinaron un estilo purísimo, á través

del cual se adivina el alma amorosa de la santa, que aun en medio de las vulgares trivialidades de la vida, hallaba ocasión de tributar apasionadas alabanzas a que desde el cielo impulsa los actos todos de la tierra. Y al prorrumpir en exclamaciones llenas de gratitud, no se dirigía Santa Teresa á Dios en truncado é incorrecto estilo, antes al contrario, para hablar á la Suma Belleza buscaba la difícil perfección del lenguaje, enriqueciendo con las hermosas filigranas del sentimiento femenino nuestro idioma, y dejando por lo tanto en sus obras imborrables huellas de la santidad más perfecta.

No sólo las obras de Santa Teresa fueron influyentes y decisivas para el aliento de los espíritus extraviados de su tiempo, no tendieron únicamente al arreglo de las órdenes monásticas, sino que por medio de divinos trasportes y celestiales arrobamientos dejan demostrado hasta qué punto la religión cristiana puede satisfacer á las almas elevadas, desprendiéndolas de la tierra en medio de vaguedades infinitas y dulcísimas.

Todas sus obras: su *Vida* escrita por ella, *Constituciones primitivas*, *Caminos de perfección*, *Conceptos del Amor Divino*, *Las Moradas*, sus poesías y cuanto escribiera, evidencia tan grande acopio de dulce energía, hermosura moral, pureza de sentimientos y elegancia inimitable de estilo, que no es extraño hayan quedado sus libros como modelos, y sus hechos como una gloria indiscutible de la consoladora religión, á la cual consagrara sus inteligentes esfuerzos.

No se ha conocido después de Santa Teresa otra escritora mística tan por completo apartada de cuanto se relaciona con la tierra. La insigne doctora depura y ennoblece por medio de su elevado estilo cuanto trata, á todo presta celestiales reflejos, y sus arrobamientos demuestran la tendencia de aquella alma sublime hacia la mansión eterna por la cual suspiraba sin cesar.

Jamás ha rodeado el nombre de mujer alguna en los tiempos, que en cierto modo se pueden llamar modernos, sobre todo si les comparamos con los bíblicos, jamás, repetimos, el nombre de otra mujer se ha visto rodeado por la divina aureola que rodea á la inmortal doctora, santa por la pureza de su vida y por su amor á la humanidad, sabia y admirable por sus profundos conocimientos, modelo perfecto por sus escritos, inspirados en la moral más pura.

A su solo nombre se unen muchas glorias: la Iglesia la venera como uno de sus más grandes reformadores; descuella en el cielo cristiano entre el número de los santos; en la literatura patria es astro de primera magnitud, y como mujer, no podemos enumerar sus muchas perfecciones, puesto que Dios se complaciera en dotarla de los más preciosos dones que pueden concurrir en la humana criatura.

Há tiempo que murió, pero su recuerdo vive todavía y vivirá siempre mientras quede un solo cristiano y un solo español, que en ella van dulcemente enlazadas las glorias literarias de la patria y los resplandores de la religión más bella que han conocido los hombres.

Siempre que queremos concebir el misticismo en su grado más tierno y conmovedor, invocaremos el recuerdo de Santa Teresa, y como un perfume de su alma pura y soñadora, como un reflejo de sus celestiales arrobamientos, diremos con ella, inspirados por la fe y sumergidos en misteriosa y grata emoción:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta gloria espero
Que muero, porque no muero.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

Madrid.

UNA BODA ARISTOCRÁTICA.



El niño alado, el eterno niño, debe ser el principal personaje en esta revista: mi pluma no trazará una línea más sin exclamar:

¡Gloria á Cupido!

¡Gloria, gloria á tí, dominador del mundo, inspirador del poeta y del artista, mágico prodigioso que conviertes en audaz al tímido, en valiente al cobarde, en grande al pequeño, en héroe al grande. Tú eres el faro luminoso que conduce al extraviado viajero á puerto de salvación, la inextinguible estrella que ilumina los abismos del alma, la gota de rocío que vivifica las marchitas flores de la vida. Si la luna resplandece cual lúgido diamante suspendido en la bóveda